

## LOS REPUBLICANOS

Durante la semana próxima se celebrará en Miami la convención del partido republicano de los Estados Unidos, en la que se nombrará el candidato oficial a la Presidencia, su compañero de candidatura para la Vicepresidencia y la «plataforma» o programa del partido, que ha de servir de base para su campaña electoral y, teóricamente, para su gobierno si triunfa en las elecciones. El favorito es Richard Nixon, seguido por Nelson Rockefeller; muy atrás aparece también Ronald Reagan, antiguo actor de cine y televisión, gobernador hoy de California. Sin embargo, el juego no está hecho. Entre los casi mil quinientos delegados que acudirán a Miami se desarrollarán toda clase de presiones, manobras, intercambios, ofertas y demandas; y ello es lo que hace todavía imprevisible el resultado. Objetivamente, la razón de la convención es de elegir al candidato que tenga más probabilidades de ganar las elecciones del 5 de noviembre y elevar al partido al poder. Parece una tradición en el partido republicano elegir, por el contrario, al candidato más inadecuado, llegar a la fecha de las convenciones con el mayor número de triunfos en las manos y derrocharlos en el nombramiento de un candidato inoportuno. El hombre-catástrofe de este año puede ser Nixon. Tiene por sí mismo una tradición de «loser», de perdedor: probablemente ningún político americano ha perdido tantas elecciones como Nixon. En estos momentos aparece como la contrafigura de la situación. Nixon habla en sus discursos de reforzar la guerra, de lanzarse por el camino del poder mundial. Explica que si los Estados Unidos son el más fuerte y el más rico país del mundo, su camino es el de explotar esa situación y no el de abandonarla. Pero la tendencia general en el país es la de la paz. Nixon nada, una vez más, contra corriente.

De una manera general, esa idea de fuerza y poder caracteriza al partido republicano. Es un partido cacareante, que presume de belicista, armamentista y hasta imperialista; en 1964 su inoportuno candidato Goldwater aireó hasta el énfasis máximo esos grandes espectros y perdió las elecciones de una manera ruidosa; tan ruidosa que se creyó enterrado para mucho tiempo al partido republicano, y sólo ha podido resucitar realmente merced a la serie de torpezas cometidas por Johnson y los demócratas durante sus cuatro años de legislatura. Sin embargo, un simple vistazo a la historia de los Estados Unidos nos muestra que todas las guerras importantes del país —las dos mundiales, la de Corea, la del Vietnam— han estallado bajo administración demócrata y no republicana.

En realidad, es muy difícil definir a los republicanos, como no sea por oposición a los demócratas, pero éstos a su vez son indefinibles aparte de su oposición a los republicanos. En muchos temas

sus opiniones coinciden. Sus propios nombres proporcionan ya un motivo de confusión. Republicanos son los dos, puesto que ambos son partidarios de una república presidencial; demócratas son los dos, puesto que sacralizan en sus declaraciones los grandes textos fundacionales del estilo demócrata americano. Carecen de una base doctrinal o programática, al contrario de lo que ocurre en Europa, y la necesidad de definir su «plataforma» en las convenciones muestran que sus programas son coyunturales. Es decir, que se aplican a situaciones concretas y varían según ellas.

Sin embargo, la acumulación, el arrastre de sus acciones y de sus declaraciones a lo largo de la historia puede hacer percibir diferencias notables, por las cuales el partido republicano —o «Grand Old Party»— se situaría a la derecha y el demócrata a la izquierda. A fines del siglo pasado, los republicanos se mantenían en la línea de defensa de las altas tarifas aduaneras para la protección de la industria, de la iniciativa privada frente al control del gobierno; cantores del imperialismo y partidarios del aislacionismo —lo cual es compatible—. Si su vocabulario ha cambiado —la palabra imperialismo parece maldita, aunque la acción imperial persista bajo otros términos—, sus puntos generales de vista, no. En los últimos años, el partido republicano tendía al aislacionismo con respecto a Europa —considerado como el continente desagradecido— y al imperialismo en Asia; desde que Johnson hizo suya esa política, tras haberla combatido en la campaña electoral contra Goldwater, la confusión persiste. El partido republicano recibe los votos de las clases ricas del país, de los conservadores, de los segregacionistas, de los nacionalistas; el demócrata, los votos de las clases menos favorecidas, de los negros, de los obreros y de una gran parte de intelectuales y de los estudiantes que están en edad de votar. El último «Gallup» —que puede variar mucho de aquí al 5 de noviembre, día de las elecciones— dice que los republicanos cuentan con el 27 por ciento del electorado y los demócratas, con el 46; un 27 por ciento de la nación se declara independiente y su voto puede fluctuar según las circunstancias. El desarrollo de la campaña electoral, que comienza después de las convenciones —la demócrata es el 26 de agosto, en Chicago—, puede hacer variar estas cifras, así como los nombres de los candidatos designados.

A pesar de esta división genérica entre derecha e izquierda, el partido republicano florece a veces con mentalidades de gran amplitud liberal y progresista, como en el demócrata surgen hombres de extrema derecha. El dilema que presenta esta convención republicana de Miami es precisamente éste: el aspirante Nixon ofrece unas soluciones de derecha típica, y aun de extrema derecha; el aspirante Rockefeller, soluciones de izquierda. Del nombramiento de uno o de otro dependerá la inclinación que llamaremos ideológica



Una vez más Nixon nada contra corriente.



Rockefeller ofrece soluciones de izquierda.